

Carta a una amiga sobre **ANIMAL DE FONDO**,
de Juan Ramón Jiménez

México, 1948

Querida amiga: parece usted un tanto sorprendida por el libro de Juan Ramón, *Animal de fondo*. No esperaba, dice, un libro “casi místico”, de un poeta al que siempre había considerado muy sensual, muy árabe, muy melancólico. Me desilusiona usted; para mí, en cambio, es el libro no ya que esperaba, sino que necesitaba de él. Es más, ya conoce usted mi vieja y constante pasión por toda su obra; pero si no hubiese escrito estos poemas que, según dice él, son un anticipo de su *Dios deseante y deseado*, Juan Ramón habría sido para mí un gran poeta, naturalmente, pero dentro aún de una especie de cárcel, de ahogo artístico. Porque pienso, como muchos, que el arte no puede ser un fin, pero me separo de todos en cuanto veo que la salida que ellos le buscan al arte es una salida hacia abajo, que conduce a un sótano, a un sótano que, precisamente, no tiene salida alguna; es lo que llaman hoy un arte humanizado, un arte para el hombre; pero no se comprende que siendo hombres tengamos que ir hacia *eso* (se produce aquí, diríamos, una especie de disparate muy parecido al homosexualismo, ya que éste no es, quizá, un sentimiento horrible, como piensa la moral, sino algo peor, un sentimiento disparatado, profundamente disparatado), porque no podemos olvidar ni traicionar nuestra hombría, pero no podemos tampoco ir detrás de ella, ya que entonces resulta eso: un disparate, un disparate ridículo, como diría el gran baturro. El hombre no tiende al hombre, sino a la divinidad -el papel de la mujer podría haber sido el de una divinidad cercana, intermediaria, comprensible, conductora; y en la Edad media, esa época que usted cree, con razón, tan superior a las demás, eso es lo que fue la mujer: un camino de salvación; y es curioso que en el mundo moderno la mujer haya deseado, a cambio de unos pobres movimientos libres, vacíos, aburridos, perder aquel sitio único; el hombre tiende a la divinidad, y, claro, mucho más el artista, que es, como le dije aquella tarde de nuestra discusión en Turégano, una *prolongación* del hombre. Tan lejos estoy, pues, de un arte artístico -Botticelli, Góngora- como de un arte que tenga un fin humano, un ideal humano, y del que ni siquiera puedo citar nombres considerables. Pero cuidado, amiga mía, con dejarse engañar por una lógica aparente, y creer entonces que busco una fórmula mezclada, intermedia. En primer lugar, yo no quiero buscar una fórmula sino descubrir y desnudar una ley, y esa ley no puede ser nueva ni antigua, sino fija. Yo no quiero, como ha sospechado usted algunas veces, inventar una estética, sino comprender un principio. El principio que me parece estar descifrando es muy simple: el arte no es la expresión del arte -como supone André Malraux en *La création artistique*- ni es la expresión del hombre, sino la *continuación* del hombre, y esa continuación, es decir, esa liberación, ese arrancarnos del arte y del hombre no puede conducirnos otra vez a ellos, ni siquiera conducirnos a un infinito (como yo mismo pensé hace años), a un infinito puro, ya que ir a parar a un infinito sería caer en otra prisión, sino que nos lleva a Él: nuestra única libertad. En el mundo de hoy tanto se ha puesto al hombre en primer término, lo humano, como se dice, que al suprimir a la divinidad, el hombre resulta un medio ser. Al suprimir las categorías supremas, es decir, al suprimir la Gracia, el hombre que precisamente se intentaba exaltar, queda incompleto. Esto sí que me parece una rebelión, “la rebelión de las masas”, o sea, no la rebelión de lo popular -porque lo popular y lo aristocrático siempre tuvieron conciencia de esa Gracia-, sino la rebelión de lo burgués, de lo mediocre, de lo intermedio.

No sé por qué le digo todas estas cosas, ya que en mi ensayo *La Desesperación en el Arte* estaban, creo yo, mejor dichas; le mando ahora una copia de la versión que leí en público, en la que encontrará muchos retoques si la compara con las cuartillas que usted tuvo la amabilidad de llevarse. En la lectura, cómo pensé en usted, en lo que usted se habría divertido con mi fracaso. ¡Ah, pero unos días más tarde, qué compensación tan inmensa me esperaba! Porque le aseguro que el encuentro con este libro de Juan Ramón es una de esas tres o cuatro alegrías que nos están destinadas en el mundo. ¿Cómo puede usted pedirme, con tanta ligereza, una “opinión” sobre ese “bello libro”? Perdone, querida amiga, si le digo sin miramientos que no ha entendido usted nada, o casi nada. Esos poemas no pueden ser bellos ni perfectos, como usted dice, por la sencilla razón de que están en un clima muy superior, donde perfección y belleza no son ya valores. Todo eso sirve para hablar de Paul Valéry, por ejemplo, que, como usted misma insinúa, fue conquistando una bella perfección, para después, al ser dueño completo de ella, mostrárnosla y... nada más. Pero Juan Ramón es otra cosa; él, naturalmente, también ha perseguido una perfección -claro que siempre mucho más viva-, pero al adueñarse de esa perfección no nos la muestra como una joya vanidosa, sino que, por el contrario, casi parece renunciar, humillarla, ponerla al servicio de algo mucho más valioso: su sentimiento, su sentimiento extraterreno y, por lo tanto, extraartístico. ¿Comprende usted ahora la diferencia entre la actitud de un Valéry, o sea, de un plebeyo que se construye una aristocracia -una especie de cursilería- y la actitud de un aristócrata inicial que va desprendiéndose de todo, hasta quedar desnudo, limpio, santo? Ahora me doy cuenta de que usted ha gozado en la obra de Juan Ramón lo que ésta tiene de carne, de pulpa, de hermosura; mientras que yo, sin dejar de maravillarme ante toda esa riqueza, ese lirismo, esa *animalidad*, siempre creí entrever en su *fondo* una sustancia fija, mística, esperante. Juan Ramón puede parecerle a una mirada superficial un gran lírico, es decir, un gran realista exaltado, como Velázquez puede parecerle un gran realista sereno. Pero ninguno de los dos son realistas, sino metafísicos; claro que vienen de la realidad, mas no van hacia ella, sino hacia la salvación de ella.

Todo eso que usted llama el Juan Ramón arábigo no era sino su cuerpo y sangre, pero no su luz. Ahora es ya su luz, la luz que ya era desde antes, claro, pero que estaba ensombrecida, quizá por la misma belleza, por el cuerpo de la belleza. Mas ahora, con qué valor le vemos acoger dentro de toda esa luz todo aquello que, precisamente, estorbaba su brillo. Leyendo estas páginas resulta emocionante ver cómo se resume, se reúne, se cita, se acepta, incluso con trozos de sí mismo que ya no le pueden gustar. Sí, comprendo muy bien, mi tonta y sensible amiga, que haya llorado al encontrar, en el poema “Conciencia Hoy Azul”, la cita de aquel otro poema tan distante, y, como usted dice, ni siquiera de los mejores de entonces; pero no es ésa su única mirada hacia atrás. De ese modo consigue con su obra un todo orgánico que en los modernos ya se ha perdido, y nos descubre una especie de ternura orgullosa que sólo las más grandes naturalezas pueden permitirse. ¿Comprende ahora por qué me molesta que hable usted de admiración, como si se tratara de una obra magnífica nada más? La admiración me parece buena para sentirla ante un Leonardo, ante un Calderón de la Barca, ante un Wagner; pero Juan Ramón pertenece a una casta muy superior, más delgada y más fuerte, a la misma que San Juan de la Cruz, Velázquez, Mozart. Los más grandes artistas artísticos -un Góngora- se realizan quedando prisioneros de la misma realización y, cuando mucho, abren tal o cual ventana, para respirar un aire más limpio, más infinito; pero los artistas supremos, es decir, los de esa casta que le decía, no abren ventana alguna, puesto que ellos mismos son el espacio. Son el espacio libre, es decir, son el camino hacia la divinidad. Por eso yo no puedo, delante de estos poemas, sentir admiración, sino alegría, una alegría de naturaleza tan inefable que no sé si podré

expresarla alguna vez. No, no sólo es, como usted piensa, la alegría de ver realizado a un poeta del que no me alejé nunca; mi alegría es mucho mayor, va mucho más allá. Porque durante años, viendo lo fragmentado, lo entrecortado de todo el arte moderno, llegué a creer que hoy ya no se podría trazar esa curva natural, completa, que debe ser el arte grande. Pero ahora, viéndome contemporáneo de este libro, de un libro que no excluye una obra dejada atrás -una obra como son las obras, claro es, llena de tesoros, defectos, debilidades y bellezas- , sino que incluye dentro de sí, con un orgullo casi caritativo, toda esa corporeidad arábica que usted dice; ahora, digo, me vuelve la confianza y casi el gusto de estar aquí, en el presente, en esa actualidad que, como usted sabe, detesto.

Y nada más por hoy, mi querida amiga, si no es pedirle que relea usted ahora todo Juan Ramón -por lo menos, desde *Belleza* para acá- y recaiga después sobre estos poemas últimos, estos poemas que ya no parecen estar escritos.

Suyo a pesar de todo.

OBRA COMPLETA, Tomo, II
Pre-Textos, Valencia, 1992